La hoja del lunes
8 octubre 1962

(51)
144

Elogio de los nombres raros

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

EN general se adolece de cierta falta de imaginación para poner nombres a los hijos. Pocos padres se libran—humildemente confieso que yo no figuro entre ellos—del placer un tanto morboso, placer de vanidad al fin y al cabo, de dar al primogénito el suyo propio. Diríase que nuestra secreta aspiración consiste en perpetrar en cadena en el futuro perpetuando el mismo patronímico y, si ello es posible, adscrito a la misma profesión. Creo que en Italia hay una ley u ordenanza que lo prohibe, y, la verdad sea dicha, lo encuentro justificado. Lo que al parecer no comprenden aquellos de apellidos demasiado comunes es las puertas que se les abre para salir de la confusión sólo con anteponerles un nombre rotundo, disonante, extraño, un nombre que, por su infrecuencia, reemplace el apellido, un nombre que supla a éste y haga casi innecesario que se le complemente. Diríase que la baraja de los nombres españoles es limitada al ver la escasa variedad de los que circulan, y nada más falso que eso. Basta darse una vuelta por Tierra de Campos, por las provincias castellanas, para encontrar provisión de nombres exóticos a hombros de los cuales muchos son los riesgos que pueden amenazar a quienes los llevan, pero en ningún caso el de la vulgaridad.

No hay que menospreciar esa baza. La lucha por la vida no es otra cosa que el afán de hacerse la propia personalidad en pugna con la de quienes nos la disputan, nos la niegan o, con imponer la suya, merman la nuestra. Si el nombre suena y se distingue de los demás por los motivos que sean, cuanto se haga en pro o en contra de su brillo se le sumará muy pronto a él y acrecerá su original sonido. Si es un nombre amorfo y opaco, esa tarea se hará especialmente difícil. Los padres pueden allanar el camino de los hijos con el mínimo esfuerzo. Algunos padres—de todo hay en la viña del Señor—se divierten demasiado a la hora del bautizo y hacen chistes, chistes intolerables y sangrientos que pesarán fatalmente sobre sus hijos, a los que condenan por primera providencia a desatar la risa ajena: tan peregrinamente los denominaron. Nombres algunos tan peculiares que toda cautela para administrarlos será escasa, nombres que reselló una figura histórica a la que se falta al respeto, en lugar de honrarla, con servirse de ellos, que pesan como una losa sobre quienes los repiten y someten a sus titulares a un comejo penoso, cómico, del que con dificultad se libran; nombres, en suma, proscritos, antes de cuya imposición un sacerdote prudente debería hacer cierta reflexiones a los padrinos. Existen también nombres pintorescos, dictados por el fervor momentáneo, por la pasión política, al margen del santoral, que, en consecuencia, no podrán serlo de pila, admisibles acaso en los Registros Civiles, pero no en los parroquiales.

José López Rubio me contaba que a raíz de la guerra había oído a una chiquilla llamando a su amiga desde el patio de una casa de la calle de Embajadores:

—¡Libertaria, Libertaria...!

La aludida tardaba en asomarse a la ventana, hasta que por fin lo hizo. Tendría sus seis o siete años y llevaba dos trenzas ciñéndole el rostro, como dos paréntesis.

—¡Que no puedo bajar!—replicó airadamente—. Y además que mamá me ha dicho que no me llamo Libertaria, que me llamo Carmencita.

Sin ninguna de esas máculas existen nombres lisa y llanamente raros que pueden prestar servicios impagables, nombres que, como antes afirmábamos, bastan—sin pecar de ridículos—para salvar del olvido y de la confusión a quienes los exhumen y utilicen.

No estaría de mas una campaña que animara a servirse de ellos, una campaña que tendiese a eliminar tantos Josés, Luises, Pedros y demás calderilla, canjeándolos por buenas onzas retumbantes y sonoras. Nótese cómo éste es un problema casi esencialmente masculino que sólo de soslayo interesa a la mujer, quizás porque la personalidad femenina en este país nuestro de bronco patriarcado acostumbra a difuminarse y parapetarse detrás de la del hombre, pero reconozcamos que es un problema más serio de lo que a primera vista parece.

¿Predestina el nombre la suerte del individuo, como insinuaba con más ironía que convicción cierto biógrafo de Mussolini? "Desde el punto y hora en que a Mussolini se le llamó Benito —nombre de un revolucionario mejicano fusilado—, su destino se fijó para siempre"—aseguraba—. No parece muy serio tomar tal postura como artículo de fe.

Independientemente de esto, hay quienes se ven obligados a presentar, junto con sus tarjetas de visita, sus excusas. O a explicarse, como si el nombre tuviese algo de criptográfico, cuando es justamente lo opuesto—o debe serlo al menos—, un fogonazo, una singularización rotunda e indivisible que separe a quien lo ostente del resto de sus coetáneos. La revolución, esa sí, tiende siempre a lo contrario, a la uniformidad, al igualitarismo. Por eso el odio a los títulos nobiliarios, que suponen una distinción, un penacho que separa a quienes los lucen de sus convecinos. No olvidaré nunca la fruición con que, en la Cárcel Modelo del 1932, mi ilustre colega de galería, don Luis Fernández de Córdoba, duque de Medinaceli, era llamado a la sala de visitas por el oficial de prisiones al grito de:

—Luis Fernández, a comunicar.

Bien; si con los nombres no hacemos una pequeña noche de San Bartolomé, ¿por qué no hacerla con los apellidos? Tiempo atrás, en un país escandinavo, se brindó a quienes llevaban un apellido demasiado corriente la posibilidad de canjearlo por otro, elegido en la baraja de un centenar de ellos que ofrecían los funcionarios del Registro Civil. Fué una especie de ley desvinculadora a la que se acogieron gentes de diversa traza, merced a la cual se expurgó y alivió el censo de muchos apellidos idénticos. Si aquí se planease una operación análoga, ¿tendría éxito? Menester será, en todo caso, intentar algo para librarnos de perplejidades y confusiones que tienden a multiplicarse fatalmente. Si en 1925 éramos veinte millones de españoles y hoy somos treinta, dada la mínima incorporación de apellidos nuevos a los ya existentes, pocas matemáticas hacen falta para saber que somos más a repartírnoslos. Con gracia y melancolía a la vez oí decir a cierto personaje, tan caracterizado por su exótico apellido como por su prolífica descendencia, cuando le nació su undécimo vástago:

—Así empezaron los García...

Si no remediamos las cosas, tiemblo por los usuarios de la guía de teléfonos del año 2000.